

ANA MARÍA MATUTE: “YO HE TENIDO UNA VIDA DE PAPEL”

El pasado 25 de junio moría en Barcelona Ana María Matute. Con su muerte desaparece del panorama literario español la última de las grandes novelistas de la postguerra. Perteneciente a la generación del medio siglo, también llamada generación de los “niños de la guerra” o de los “niños asombrados”, como a ella le gustaba decir, por la perplejidad con que se tuvieron que asumir la experiencia de la guerra y sus consecuencias en un momento crucial de su vida, el tránsito de la infancia a la adolescencia. Ana María Matute había nacido en Barcelona el 26 de julio de 1925, en el seno de una familia de la burguesía catalana. Su padre, dueño de una fábrica de paraguas, era catalán, mediterráneo, con una extraordinaria capacidad para inventar historias y hacer magia, a ella le gusta compararlo con Ulises. Su madre era castellana, de Mansilla de la Sierra (Logroño), mucho más austera y rígida, por ello la autora la comparaba con el Cid.

Desde su infancia Ana María Matute fue una niña “rara”, pues prefería leer y aislarse en sus fantasías que jugar con muñecas como otras niñas de su edad. Su desbordante imaginación y su fantasía se alimentaron muy pronto de los relatos orales que le contaban las niñeras de la familia, y cuando aprendió a leer las colecciones de cuentos de Andersen, Perrault, los hermanos Grimm y *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll se convierten en sus lecturas favoritas.

Su afición a la escritura se produjo en la infancia, pues se conservan cuentos escritos e ilustrados cuando contaba apenas cinco años. Ya en la adolescencia Ana María Matute sigue leyendo incansablemente, la Biblia, los poetas españoles del 27, y, sobre todo, *El Quijote*, cuyo final decía haberla emocionado hasta el llanto, por lo que supone de renuncia a la vida fantástica y llena de aventuras del caballero andante. Además, se sintió fascinada por la obra de las hermanas Brontë, los grandes narradores rusos del siglo XIX, Dostoievski, Tolstói y Chejov, y por los autores de la generación perdida norteamericana, singularmente John dos Passos y Faulkner.

Con once años vivió de cerca la experiencia traumática de la guerra civil y su corolario de violencia, miseria y muerte, que iban a marcar profundamente su vida y su obra, tal como ella misma ha evocado en múltiples ocasiones:

Cumplí 11 años en julio de 1936, cuando empezó la guerra. Antes vivíamos en una campana de cristal y de repente saltó hecha pedazos. La postguerra fue mala, pero la guerra fue terrible, la violencia fue impresionante. Me sentí estafada, como si me hubieran engañado. Me quedó como un rencor: La vida no era como me la habían contado (Matute, 2001)

En 1945, con apenas 19 años, llevó a la barcelonesa editorial Destino, dirigida entonces por Ignacio Agustí, su primera novela, *Pequeño teatro*, y poco después *Los Abel* (1948), la novela que quedó finalista del Premio Nadal en 1947, el año que consigue el premio Miguel Delibes con *La sombra del ciprés alargada*. Los editores decidieron entonces publicarle la novela finalista del Nadal, que era indudablemente mejor que la primera, aunque con esta conseguiría años más tarde el Premio Planeta (1954)

La rápida publicación de *Los Abel* la animó a seguir escribiendo y concursando al anhelado premio Nadal en posteriores convocatorias, pues a menudo había declarado, que para ella ganar el Nadal era un reto importante en su carrera, por tratarse de un premio barcelonés de reconocido prestigio en aquellos años tan grises de postguerra. En la convocatoria de 1949 reaparece de nuevo entre los finalistas el nombre de Ana María Matute con *Luciérnagas*, pero tampoco en esta ocasión le acompaña la fortuna y la novela es prohibida por la censura. La novelista se ve obligada a reescribirla y publicarla con el título de *En esta tierra* en la editorial barcelonesa Éxito en 1955.

Unos años antes, en 1952, se había casado con el escritor Ramón Eugenio de Goicoechea con el que tuvo un hijo, Juan Pablo, al que ha dedicado una buena parte de sus libros infantiles. Tras varios años de desafortunado matrimonio, en 1963 se separa de su marido y pierde la custodia de su hijo. Experiencia durísima para la novelista que luchó incansablemente hasta recuperarla unos años más tarde.

En 1958 Ana María publica una novela extraordinaria *Los hijos muertos*, que mereció el premio de la Crítica y el premio Nacional de literatura correspondiente al año de su publicación. Dicha novela es un temprano y valiente testimonio de los campos de trabajo de los prisioneros republicanos durante la dictadura franquista. La crítica vio en ella influencias de Faulkner, uno de los autores favoritos de la escritora. Finalmente, en la convocatoria de 1959 consigue alzarse con el Premio Nadal con su novela *Primera memoria*, primera parte de la trilogía titulada *Los mercaderes*, integrada además por *Los soldados lloran de noche* (1964) y *La trampa* (1969). En estas novelas reaparece de nuevo el enfrentamiento cainita y la guerra civil como trasfondo de la acción. *Primera memoria* guarda ciertas semejanzas con *Luciérnagas*, sobre todo porque en ambas novelas el conflicto bélico está presente como escenario de la acción narrativa así como también en

ambas la protagonista es una adolescente, Sol en *Luciérnagas* y Matia en *Primera memoria*, que ve como trágicamente todo su mundo se desmorona por el odio, la violencia y la muerte.

Después de largos años de silencio narrativo, en 1996 publicó *Olvidado rey Gudú*, su libro favorito, porque según la autora era el que desde niña siempre quiso escribir, el más personal. Se trata de una obra larga y ambiciosa, de una fantasía desbordante, ambientada en la Edad Media y con una mezcla de elementos fantásticos procedentes de los relatos de caballerías y los cuentos de hadas. En su producción narrativa esta obra entronca con otras novelas anteriores *La torre vigía* (1971) y *Aranmanoth* (2000).

En 1998 fue elegida miembro de la Real Academia Española de la Lengua. Era la tercera mujer en ser aceptada en dicha institución. Ana María Matute ocupó desde entonces el sillón K mayúscula, en sustitución de la primera mujer académica, Carmen Conde. El discurso de ingreso lo tituló “En el bosque”, en referencia al bosque real de su infancia en la casa de sus abuelos maternos en Mansilla de la Sierra, y también en referencia metafórica al bosque de las palabras, de la fantasía, de la imaginación, de la literatura en definitiva:

Porque el bosque era el lugar al que me gustaba escapar en mi niñez y durante mi adolescencia; aquél era mi lugar. Allí aprendí que la oscuridad brilla, más aún, resplandece; que los vuelos de los pájaros escriben en el aire antiquísimas palabras, de donde han brotado todos los libros del mundo; que existen rumores y sonidos totalmente desconocidos por los humanos, que existe el canto del bosque entero, donde residen infinidad de historias que jamás se han escrito y acaso se escribirán (Matute, 1998: 2)

La brillante carrera narrativa de Ana María Matute se vio justamente recompensada en el año 2007 con la concesión del Premio Nacional de las Letras Españolas al conjunto de su obra. Esta mujer que había hecho de la literatura su vida seguirá escribiendo y en 2008 publica *Paraíso inhabitado*, donde retoma el tema de la infancia perdida y vuelven a reaparecer en la psicología de Adriana, la niña protagonista, determinados rasgos claramente autobiográficos, también presentes en Sol y Matia. El Premio Cervantes, el Nobel de las letras españolas, le es concedido en el 2010 en reconocimiento a su fecunda trayectoria narrativa como autora de novelas y múltiples colecciones de cuentos, entre las que destacan, *Los niños tontos* (1956), bellissimo libro muy emparentado con el delicado lirismo de *Platero y Yo*, e *Historias de Artámila* (1961), colección de veintidós relatos sobre el mundo de los niños y la crueldad de los adultos, ambientados en la mítica Artámila, trasunto del pueblo riojano de Mansilla de la Sierra, donde la escritora –como se ha dicho– pasó temporadas en su infancia en casa de sus abuelos maternos. El discurso de recepción del Premio Cervantes es un texto breve, muy sencillo, muy bello y muy personal, que comenzaba con estas palabras:

Así que esta anciana que no sabe escribir discursos sólo desea hacerles partícipes de su emoción, de su alegría y de su felicidad— ¿por qué tenemos tanto miedo de esa palabra?— a todos cuantos han hecho posible este sueño, sueño que me acompaña desde la infancia. Desde aquel día en que oí por vez primera la mágica frase: “Érase una vez...” y conmovió toda mi pequeña vida (Matute 2011: 1)

Y proseguía evocando a don Quijote con estas elocuentes palabras en las que vuelve a reivindicar la fantasía y la capacidad de inventar, pues para ella el que no inventa no vive: “Érase una vez un hombre bueno, solitario, triste y soñador: creía en el honor y la valentía, e inventaba la vida” (Matute 2011: 1). “Érase una” vez es la fórmula mágica con que comienzan todos los cuentos y era una fórmula especialmente querida por la autora barcelonesa, una de las mejores escritoras de cuentos del siglo XX, como evidencia la reciente recopilación completa titulada *La puerta de la luna* (Destino 2012).

El paso de los años consagró a Ana María Matute como una espléndida contadora de historias, tal como lo prueba la reciente publicación de una bella novela póstuma, *Demonios familiares* (Destino, septiembre, 2014), que estaba escribiendo cuando le sobrevino la muerte. La novela de corte intimista, prologada por Gimferrer y con un epílogo firmado por María Paz Orduño, que contextualiza los últimos días de la novelista y sus esfuerzos por acabar la novela, enlaza con otras obras anteriores de la autora, tal como señala el prologuista. El relato de *Demonios familiares* se ambienta en los albores de la guerra civil, cuando Eva, postulante a novicia en un convento donde ha estudiado interna desde los siete años, es obligada a abandonarlo para regresar a la casona familiar junto a su padre, el Coronel, el enigmático Yago —que será el portador de un secreto celosamente guardado entre aquellas “paredes hechas de silencio”— y la fiel criada Magdalena. El tiempo de la historia presenta evidencias coincidencias con el de *Luciérnagas*, *Primera memoria* y *Los hijos muertos*, aunque aquí la guerra civil está siempre muy en segundo plano y el interés de la trama inacabada reside en los complejos sentimientos que experimenta Eva al regresar a su casa y tener que enfrentarse a los demonios familiares. De nuevo, en esta novela escrita con extraordinaria maestría y desde el rigor y la exigencia, a juzgar por páginas del mecanoscrito corregido que se reproducen en el interior del tomo, vuelve Ana María Matute a sus temas de siempre: el tránsito de la infancia a la adolescencia, el sentimiento de culpa, la falta de afecto, el enfrentamiento cainita, el descubrimiento del amor y del deseo y la memoria, poblada aquí de inquietantes espectros familiares. También en esta espléndida novela reaparecen los espacios simbólicos del bosque y el desván, o los objetos recurrentes como el espejo o una luciérnaga.

A través de este breve recorrido por la peripecia vital y literaria de Ana María Matute, desde su infancia de niña “rara”, después en la adolescencia

con la destrucción de todo su mundo por la guerra civil, y más tarde, ya siendo una escritora de prestigio, la injusticia y el dolor que supuso perder temporalmente la custodia de su hijo, la literatura fue siempre para ella una auténtica tabla de náufrago, o como ella prefería decir, “el faro salvador” de todas sus tormentas existenciales:

El tiempo en el que yo inventaba era un tiempo muy niño y muy frágil, en el que yo me sentía distinta: era tartamuda, más por miedo que por un defecto físico. La prueba de ello es que esa tartamudez desapareció durante los bombardeos. O así lo creo. Pero el caso es que, salvo excepciones, las niñas de aquel tiempo, mujeres recortadas, poco o nada tenían que ver conmigo. Y traigo esto a cuento para explicar –y quizá explicarme de algún modo– mi extrañeza, mi entrega total, absoluta, a esto que luego supe se llamaba Literatura. Y que ha sido, y es, el faro salvador de muchas de mis tormentas (Matute, 2011: 2).

Porque para Ana María Matute, que en múltiples ocasiones había sostenido que su vida era “una vida de papel”, lo más importante era la escritura, el lenguaje, la palabra, que nos salva del paso del tiempo y de las múltiples ingraticudes de la vida. Para acabar subrayando siempre que escribir no era simplemente una profesión sino “una vocación, una manera de estar en el mundo. Una manera de ser”, de ahí su rechazo radical de las academias y de las múltiples fórmulas que pretenden enseñar a ser escritor:

Se empieza a escribir desconociendo toda clase de definiciones sobre ese acto, toda clase de enseñanzas sobre esa aventura. Es una puerta que se abre, una barrera que se franquea, un mundo al que se tiene acceso; algo parecido a lo que le ocurrió a Alicia ese día en que, tras cambiar algunas reflexiones con su gato (y tal vez con sus sueños), se encaramó al espejo de la chimenea y suavemente pasó al otro lado. No se tiene noticia de que leyera antes instrucciones ni folletos explicativos al respecto (Matute, 1998)

Atravesar el espejo es el comienzo mágico de la aventura de escribir en clara referencia a Lewis Carroll y su *Alicia en el país de las maravillas*, porque responde a uno de los deseos más profundos de la escritora, “el deseo de conocer otro mundo, de ingresar en el reino de la fantasía a través, precisamente, de nosotros mismos” (Matute, 1998). Y ello solo es posible a través de la escritura:

Escribir es un descubrimiento diario a través de la palabra, y la palabra es lo más bello que se ha creado, es lo más importante de todo lo que tenemos los seres humanos. La palabra es lo que nos salva. Pero no la poseemos sin más, para utilizarla como un instrumento; si la tenemos es porque la consagramos a la búsqueda sin fin de una palabra distinta, no común, laboriosa y exaltadamente perseguida, pero que tan simple, tan sencilla resulta cuando la hallamos (Matute, 1998)

Ahora que con la muerte de la escritora el ciclo se cierra definitivamente, pero será su palabra laboriosamente perseguida y rebosante de belleza la que nos salve a los lectores y nos permita seguir gozando y soñando con paraísos inhabitados.

MARÍA LUISA SOTELO VÁZQUEZ
UNIVERSITAT DE BARCELONA